

La semana del fin del mundo

Esta noche he soñado de nuevo. Ha sido tan real, tan cronológicamente ordinario, tan carente de toda incoherencia...Que es imposible no dudar en la autenticidad del acto soñado. Todo partió de la noticia que se dio en el telediario del mediodía; "Atención, por favor. El ya famoso meteorito que amenaza con impactar en nuestro planeta, sigue su inevitable rumbo. Tanto los países de la Unión Europea como los EEUU y Rusia han colaborado con varios satélites cargados con todo tipo de artilugios para intentar desviarlo de su trayectoria, han fracasado en su intención. Sabemos que según los cálculos de los expertos y si nada lo evita, el citado meteorito impactará en la Tierra dentro de siete días con unas repercusiones totalmente imprevisibles. Para todos ustedes el presidente de nuestro país.

- Queridos ciudadanos, a veces la naturaleza tiene mucho más fuerza que el ser humano. Hay muchos casos en los que hemos sido testigo directo de esta verdad.

Este caso que estamos viviendo es uno de ellos. Lo hemos intentado todo, porque sabemos el alcance que puede tener esta fatalidad. Según las previsiones dicho meteorito impactará en la zona de Centroeuropa, por lo que pedimos dos cosas: 1º Con calma e inteligencia les pedimos que vayan desalojando esa zona. Tenemos un acuerdo bilateral con varios países en los que se alojarán hasta que tal desenlace haya terminado. Les ruego lo hagan con la paciencia, humanidad y solidaridad que les caracteriza, de lo contrario la catástrofe sería mucho mayor. No hay necesidad de salir despavoridos, tenemos tiempo de sobra, si se organiza adecuadamente, para que nos de tiempo a todos.

2º Todos aquellos que no tengan posibilidad de pagarse un pasaje, pueden salir del continente con nuestros buques. Sean fieles a las órdenes de las fuerzas de seguridad del Estado. Ellos saben lo que hacen y están debidamente entrenados para que todo salga bien. Confíen en ellos aunque a veces las órdenes puedan parecer contradictorias. No lo son, todos tienen el control.

Querido ciudadanos, ahora más que nunca necesito confiar en vosotros. Háganme caso cuando les digo que de todos nosotros depende que esto solo se quede en una anécdota, o se convierta en la mayor catástrofe de la humanidad. Que tengan mucha suerte y que Dios os acompañe.

En el mismo momento de terminar de hablar el presidente, apago el televisor y llamo a mi hermana para ver si sabe las últimas noticias.

- ¡Que pasa miármaj
- ¿Has escuchado las noticias?
- No, estaba fregando los platos y tu cuñao ha ido a llevá al nieto. ¿Por qué hijo?
- ¡Joéj El meteorito de los cojones estallará aquí en Europa dentro de una semana y el presidente a hablado en directo diciendo que abandonemos el continente hasta que pase todo.
- ¡Anda yaj
- ¡De verdad Pepij Pregúntaselo a cualquiera, alguien lo habrá escuchado. Además, mira en Internet y verás.
- ¡Por dios, quee mieedoooj ¿Y qué ha dicho?
- Que dentro de una semana impactará aquí y que tenemos que abandonar el continente Europeo, o por tu cuenta o en los buques del gobierno. Espérame que voy para allá y decidimos juntos qué hacer ¿vale?
- Vale, ten cuidaíto hijo.

Salgo de la casa con una enorme mochila llena de ropa interior, algunos jerséis, una linterna, pastillas y con todo el dinero que pude reunir. Parece que todos conocen ya la noticia, hay un enorme revuelo por todos sitios, los bares y las tiendas vacías y los medios de transportes llenos a reventar. Hace mucho frío. Sufrimos un fuerte invierno en el que casi todas las ciudades del norte

de España no suben de 6 grados centígrados y el sur está castigado con fuertes vientos, nieve por encima de los 500 metros y las temperaturas tienen por media los diez grados. Esperando en la cola para coger el autobús, veo como una cuadrilla de gamberros asaltan un concesionario de coches. Aparentemente nadie acude a la alarma. Al parecer todos están preocupados en garantizar una buena evacuación. La fila de personas que desalentadas esperan su turno, empiezan a desesperarse y comienzan las discusiones. Algunos policías acuden a las discusiones con porras en ademán de amenaza diciendo: “¡Señores! hay sitio y tiempo para todos, pero si se produce cualquier imprevisto, estamos autorizados a intermediar con la fuerza. Si alguien muere por insubordinación habrá más sitio para los demás. ¿Hay algún problema? Automáticamente se implantó la calma, y todo volvió a la normalidad.

La cola es enorme y llevo una hora y media esperando. Llamo de nuevo a mi hermana para tranquilizarla y en ese preciso instante se me acaba el saldo del móvil. Intento recargarlo, pero una voz pregrabada me indica que por motivos ajenos a la empresa, se paralizan los servicios hasta nuevo aviso. Al parecer el país entero se ha paralizado, todos están o intentando huir o asegurando el control y la templanza en el intento.

¡Por fin! logro coger el dichoso autobús para llegar a casa de mi hermana, sería una locura coger el automóvil. Si un día normal de trabajo tardas entre una y tres horas en desplazarte, me imagino qué estará ocurriendo en las carreteras. Mi hermana ya estaba convencida de la verosimilitud de la noticia, y atacada por la misma. La tranquilizo en lo que puedo y recojo al resto de mi familia. Todos reunidos, unimos los bultos receptivos de ser transportados por cada uno de nosotros y nos pusimos de nuevo en la cola del bus, ésta vez con destino a Algeciras.

El puerto estaba totalmente colapsado, no me atrevo a decir si los vehículos estaban aparcados o simplemente parados en cualquier sitio. Era imposible llegar en el bus, y faltaban todavía unos dos kilómetros para llegar a la aduana. El bus no avanzaba desde hacía más de veinte minutos y por unanimidad les propusimos a la policía el poder seguir a pie. Aceptaron y en fila india, dirigidos por un policía por cada diez, nos pusimos en marcha.

Todo alrededor era un caos; alarmas estruendosas quejándose para nada, negocios asaltados frente las impávidas miradas policiales, enfermos oriundos pidiendo una ayuda estéril, niños y mayores llorando presagiando el fin del mundo. Todo eran prisas y dolor.

Una mujer de unos cuarenta y ocho años salió de un edificio pidiendo socorro para su marido que acababa de sufrir un infarto. Un minusválido lloraba en medio de la carretera atascado entre dos vehículos, nadie le hacía el menor caso. Un señor tres cabezas por encima de mí se decidió a auxiliarlo y colocándose en la espalda, vuelve a la cola con el peso extra y la consciencia aliviada.

Tras dos horas y cuarto, alcanzamos la aduana. El dispositivo policial era impresionante, sin precedentes de ningún tipo. Una gran fila de coches patrulla fortificaban el acceso al puesto policial de la aduana, hacían un enorme camino que garantizaban que el efecto embudo no se convirtiera en un problema añadido. A las personas que intentaban traspasar dicho muro mecánico, se les disparaban sin pestañear. Era la única forma de asegurar la intromisión no autorizada. La aduana y el embarcadero se habían convertido en toda una fortaleza vigilada por doquier. Las autoridades tenían claro cómo debían actuar para asegurar que no se produjera ninguna avalancha, y que los buques no se sobrecargaran.

Mi hermana y mi cuñada no paraban de llorar. No podían evitarlo. Los niños estaban asustados y los adolescentes confundidos. Aquel hombre que ayudó al minusválido era inmigrante sin permiso de residencia. La policía lo retuvo, supongo que para solicitar una orden a un superior. Al minusválido se le indicó que se adelantara hacia el barco, éste sin silla de ruedas no podía caminar y así lo hizo ver con infructíferos esfuerzos. El mando superior que decidía la entrada o no de los civiles al barco, le dispara a bocajarro y aquella indefensa persona cae súbitamente. Un lamento unánime se apoderó de todos nosotros. Aquel oficial se limitó a decir: “Tarde o temprano iba a

morir, yo sólo le he allanado el camino. ¡Adelante!” Ordenó. Mi hermana al pasar por la garita, temblaba incontroladamente, miraba hacia atrás y temblaba. Le miran los documentos y le indican que pase. Ella casi no puede moverse del miedo, y el mismo que había utilizado su propia ley minutos antes la empuja hacia delante. Mi cuñado se abalanza sobre él y el policía sin pensárselo le dispara a mitad de camino. Mi hermana pierde el conocimiento. Me adelanto y me paran para pedirme los papeles. Detrás de mí están mis sobrinos gritando y llorando. Les pido a los de la aduana que dejen pasar antes a los niños. Aceptan y tras ellos paso yo. Cojo a mi hermana en brazos y entramos en el buque.

No sé qué ocurrió con mi cuñado y mi hermano mayor, no pasó con nosotros y mi cuñada se tiró desde la borda para averiguarlo. No volví a ver más a ninguno de ellos. Mi hermana recobró el conocimiento, pero seguía como en trance. Mis sobrinos de entre seis y doce años, tras el llanto vino la calma y tras ésta les entró la curiosidad y fueron a conocer todos los rincones del buque. La aventura comenzaba, ahora nos aguardaban seis días de trayecto y la incapacidad para hacer nada en aquel barco del gobierno. A nuestro lado cruzaban el mar cientos de buques cargados con personas de diferentes ubicaciones. Nadie dudaba que avanzaran hacia unas tierras extrañas para salvar sus vidas, pero todos sabían que dejaban atrás sus tierras, casas y pertenencias para que una enorme piedra sideral los destruya sin compasión.

Por radio nos informaron que el cálculo del impacto había sido erróneo. “Señoras y señores, desde radio América les informamos que casi todo el continente Europeo está ya evacuado. Desde distintos puntos de la geografía han zarpado buques con la única misión de poner a salvo a la población de la zona afectada. Pero tenemos que darles una nueva noticia acerca del meteorito. Los cálculos referentes a su impacto han sido erróneos. Los profesionales habían calculado seis o siete días y debo anunciarles que...el impacto será inminente.” Automáticamente una voz sale de los altavoces del buque: “Señores pasajeros, como han oído el impacto del meteorito será inminente. No sabemos qué sucederá. Estamos a mucha distancia de la zona, pero al ser un fenómeno sin precedentes para la memoria de la humanidad, no sabemos las trascendencias que pueda tener. Les indicamos que si notan cualquier anomalía, háganlo saber a los policías de a bordo y pónganse a salvo en el pequeño bunker que está en cubierta. No se preocupen, no pasará nada. Allí estarán a salvo de cualquier cosa. Les recuerdo que estamos demasiado lejos de la zona del impacto” Pese a todo, nadie estaba tranquilo. Incluso la mayoría quisieron entrar en el bunker, pero se prohibió el paso hasta nueva orden. El ambiente podía cortarse con un cuchillo. Personas llorando, rezando o petrificados del miedo. Un gran silencio, como presagiando la mano del diablo. Casi podía asegurar que ni respirábamos. En las pantallas de televisión se veían imágenes por satélite y desde la perspectiva de la imagen, parecía que esa enorme piedra estallaría en cuestión de segundos. Y así fue. Desde la imagen del satélite, todos observábamos cómo el meteorito se incrustó en la tierra produciendo un enorme temblor que sacudió casi todo el planeta. Una terrible cortina de humo parecido a una bomba atómica, y tras ella vimos cómo todos los edificios que alcanzaba la onda expansiva se derretían literalmente. Todos corrieron al bunker que ésta vez sí estaba abierto. Giro la cabeza y escucho a uno de los policías decirle los otros: “¡A los helicópteros!

Fue un acto reflejo, no pensé nada, simplemente corrí hacia uno de los helicópteros y me escondí tras los paracaídas. No sé si fue un acto de valentía o de cobardía. Lo único que pensé fue en meterme en uno de esos cacharros. Mis sobrinos ya habían entrado en el bunker. La suerte ya estaba echada. Entran unos seis policías en él y le eleva sobre la base del Buque. Todos se abrocharon el cinturón y a mí me entró el pánico. Salí de mi escondite para sentarme con ellos. Ya estábamos en el aire, me descubren y uno de ellos me apunta con el fusil. Creí que era el final. Otro de ellos le impide que abra fuego: “No seas estúpido, puedes provocar un accidente y no hace falta. Utilizamos la fuerza para impedir el pánico. Solo él no nos va a perjudicar en nada.” Respiré y me hicieron sentar urgentemente. Por la ventanilla veo el mar y el gran manto formado por los buques. Tras ellos múltiples de enormes oleadas se dirigen a los barcos. Desde arriba no se percibe bien, pero podrían ser perfectamente de más de doce metros cada una. Comienzan a

azotar a los primeros buques, los cuales desaparecen bajo ellas. Un nudo se me atraviesa en la garganta, pienso en todas las criaturas que están pereciendo en aquella irónica furia de la naturaleza. Cada vez las olas son más grandes y menores los barcos. A lo lejos se ve venir una ola que, en proporción a las que se encuentran debajo de los helicópteros, debe medir más de cincuenta metros de altitud. Maldije cientos de veces la decisión de meterme en aquel artefacto. Aunque sobreviviera, nunca me perdonaría haber sido testigo directo de una masacre de tal envergadura. Y aunque muriese, había sido primero verdugo de mi propia familia. La enorme ola avanza y se traga todos los buques que quedaban, incluido algunos helicópteros rezagados. Pero eso no fue más que el principio. Tras aquella ola asesina, vinieron incontables de ellas y cada vez más altas. Una de esas alcanza el grupo de helicópteros que sobrevolaban la tragedia, perdiendo el control chocando unos con otros y consiguiendo lo que buscaban; arrasarlo todo.

Todos perecimos en aquel intento de huida. Todos encontramos el final de nuestros días como humanos. Aquel meteorito produjo algo completamente imprevisible, algo con lo que nadie contaba, o le hicieron caso omiso. Algunos grupos de naturalistas se acercaron bastante a su desenlace. Pero como de costumbre, aquello que vaticinaban no producía dinero, ¿para qué tenerlo en cuenta? Aquel impacto provocó una serie de reacciones en cadena que desembocó en volver a la era glacial y desapareció la especie humana. Y cualquier resquicio de su existencia. Desaparecieron las construcciones, las ciudades enteras, los puertos. Todo se envolvió de esa nada que solo algunas bacterias son capaces de sobrevivir. Todo volvió a comenzar de nuevo.

Ahora todo es cuestión de tiempo. Dejar que los hielos se descongelen, que los volcanes surjan, que de nuevo produzcan nuevos continentes y esperar de nuevo la vida en la tierra. Pero ¿qué nueva especie será la que domine la Tierra? ¿Respetarán el contrato interno de la naturaleza, o se verán obligados a provocar de nuevo la furia de los dioses?

Solo Dios sabe cuántas veces necesitamos empezar de nuevo, para aprender a vivir.